

CAMINO COMÚN

Nada más leer la Conferencia del Abad General , Dom Bernardo Olivera, en Conyers, **“Para una mística cisterciense renovada”**, me vino a la memoria una frase del teólogo Karl Rahner: *“El cristiano del siglo XXI o será místico o no será”*.

Creo que ha llegado el momento de que nos planteemos, todos, monjes y laicos, en los monasterios y en la “selva” de la vida exterior, quiénes somos ante el Misterio de Dios. Suenan campanas que nos llaman a una profunda revisión de nuestra vida, vivida en unidad bajo la mirada atenta de un Padre que espera siempre, por los siglos de los siglos.

El ser humano, sobre todo en el llamado “mundo occidental”, vive alejado del Misterio. Rechaza, desde su desmedida autosuficiencia racional, todo lo que no pueda ser contado, medido y pesado. Está alejado de los mitos que construyen el entramado más íntimo de su ser, reniega de su origen y cierra los ojos ante el futuro más “lejano” (la muerte), ya que, cuando no controla, ignora.

¿Cómo acercar a la persona al Misterio? ¿Cómo indicarle el camino para iniciar el retorno a su propio ser más vital, más íntimo? Aquí surge el acercamiento que se vive en la actualidad de los laicos a los monasterios contemplativos. ¿Por qué nos acercamos a esa vida tan diametralmente opuesta a la nuestra? ¿Por qué buscamos el silencio y la quietud de los claustros? ¿Por qué nos sorprendemos de la cálida acogida que nos dispensan los monjes? ¿Por qué la oración se va convirtiendo en la fuerza y bálsamo para la vida ordinaria? ¿Por qué vamos al monasterio? ¿Por qué?... Son preguntas al aire... Ahí quedan.

Hablaré de mi experiencia personal, que es la que puedo compartir. Llegué la primera vez a un monasterio (Santa María de Huerta), de una forma que no fuera meramente turística (he visitado decenas de monasterios por interés artístico) hace menos de tres años. Un “amigo-hermano” me había insistido repetidas veces: “¡Ve, te gustará!”. Sí añadimos a eso una pizca de curiosidad (ingrediente que me lleva siempre a buscar “un poco más allá”) y ganas de silencio... allí me presenté, con la consigna interior de “no conozco a nadie, ni nadie me conoce a mí”. En realidad no sabía muy bien qué hacía en un monasterio de monjes contemplativos... ¡yo, mujer, casada, madre, activa...hiperactiva!

¿Cómo sintetizar aquellos siete días? Algunas pequeñas palabras como pinceladas pueden servir: paz, silencio, fraternidad, oración, encuentro, disponibilidad, belleza, comunidad... esta última es el eje de aquella semana: ver la Comunidad. Recibí el regalo de la contemplación sencilla y silenciosa como una pequeña esponja que absorbe agua y más agua.

No fueron fuegos artificiales que pasado un instante desaparecen. No. Fue el principio de una historia que, sin ser mía, ahora es mía, que se ha integrado en mi ser y en mi vivir. Es fue y eso es.

Tengo la suerte de poder vivir esto desde lo personal y compartirlo con mis pequeñas comunidades (familiar y de grupo).

Mi conexión con el monasterio me ha llevado a ver muchas cosas, pero voy a centrarme en una especialmente, pues es la que tiene que ver con la conferencia del Abad Bernardo Olivera para el II Encuentro de Laicos Cistercienses: el Camino Común.

San Benito dice al concluir su Regla: *¡Qué Dios nos lleva a todos juntos a la vida eterna!*”. Desde luego era muy sabio San Benito, pues el único Camino es ir juntos. Somos ramas del mismo árbol.

La opción del Císter es abrir sus puertas y compartir con los laicos su vida de oración y contemplación es muy generosa y responde a un saber mirar los signos de los tiempos. Asimismo, esa hace llegar a los monjes la sed de oración y vida contemplativa de los laicos, que luego han de llevar a su vida diaria. Se crea un fluir en el que se comunica de fuera a dentro y de dentro hacia fuera, y nos lleva a mirarnos entendiendo que buscamos lo mismo: buscamos a Dios. Ahí nos juntamos.

Ilustraré todo lo dicho con una pequeña anécdota vivida en mi última estancia en el monasterio, que me ha hecho pensar y meditar mucho sobre el Camino Común.

A la hora de Vigilias (cinco menos cuarto de la madrugada, noche cerrada del mes de febrero) cuando monjes y laicos tienen cara de levantados a destiempo, caminando por el claustro de la hospedería hacia la capilla, encuentro a uno de mis hermanos-monjes, también de camino a la capilla y, con sonrisa de complicidad y voz de es lo primero que digo en el día de hoy”, me pregunta: “Pero ¿a dónde vas tú a estas horas?”. Le contesto sin pensar y con mi voz también recién estrenada: “Exactamente al mismo sitio que tú”.

Mari Paz López Santos

20 mayo 2002

Publicado en Publicado en CISTERCIUM, Revista Cisterciense nº 230, Enero-Marzo 2003, págs. 67-69